EL LETRERO
Por Monserrat Nieto C.

La casa sin número del pueblo de Santiaguito esbozaba la imagen del museo de antigüedades del pueblo.

Los turistas despistados, con la Nikon al cuello, cruzaban el patio amplio y terroso pasando por alto la campana bien puesta en la entrada, y libraban la puerta con el mosquitero roído, no sin antes haber fotografiado al viejo que se mecía paciente en la silla de palma, considerado en ocasiones parte de la rústica decoración, algunas veces con periódico en mano, otras tantas entregado sin ánimo al entretejido de fibras para dar forma al sombrero en turno; una pila de éstos se empolvaba en la esquina de la estancia ocupada por un desvencijado sillón y algunas sillas desiguales.

La sorpresa causada a los foráneos les hacía pegar un grito y salir corriendo cuando el viejo entraba a la cocina para servirse en un tarro despostillado un trago de mezcal o cuando con la bacinica en mano se asomaba por la ventana que daba al traspatio para desproveerla del contenido.

—¡Ay comper!¡Asu, aqui no es!, ¡Perdón, perdón! —se escuchaba mientras la gente salía a prisa con la cara gacha y arriando a la compañía.

Don Faustino, como todos le conocíammos no sólo era el sombrerero del pueblo, aunque se ganaba unos centavos vendiendo algunos los domingos de plaza, pero no a los lugareños, la venta era abierta sólo para los curiosos paseantes.

Nuestro pueblo estaba marcado en la guía turística como el rincón de los sombreros y sólo los que habitábamos ahí, sabíamos por qué nos reconocían de tal modo.

Yo me había ganado el mío, de ala ancha, cuando una tarde de lluvia toqué a la puerta de esa casa con una pregunta cuya respuesta se alargó hasta media noche y consumió botella y media de buen mezcal.

El viejo sombrerero de carácter agrio y manos curtidas, gastaba sus minutos contando historias a los que llegábamos con nuestras dudas a hacerle compañía, como pago a un buen oído, un sombrero a medida.

Casi todos los habitantes teníamos uno, a excepción de algún necio o desentendido.

—¿Por qué no ha dicho nada Don Faustino? Ese siñor ha tomado una foto de sus calzoncillos de manta tendidos al sol —preguntaba un jovencillo con mayor indignación de la que el viejo mostraba.

Con la paciencia que aún guardaban sus años, el anciano abandonaba su labor para levantar del suelo algunas basurillas que los descuidados visitantes dejaban a su paso.

—Pero Don Faustino ¿Por qué ha quitado el letrero que le hice con vivos rojos? ¿Acaso le gusta que esas gentes le tomen retrato a su jacalito entero? ya ni el trabajo que me ha dado ir a la escuela pa aprender a escribir —decía el joven a manera de reproche.

—Viejo mal agradecido ¿Es que no le ha gustado mi letra? ¿Quería un color más vivillo? ¿Le han faltado dibujitos?, si lo único que yo quiero es que esos fulanos no se metan a la brava a su casa, porque bien que a usté le gusta contar historias, pero estos vienen con las orejas bien tapadas y las retrataderas bien abiertas y nomas me lo distraen de hacer sombreros.

—Anda, anda, mejor ve tapando ese agujero de la pared, veo que has aprendido a preguntar, pero pa' saber escribir te falta hartito; ya mero que cuando aprendas te regalo otro sombrero, que bien seguro estoy que ni te has enterado que, a estos clientes me los has conseguido tú.

—Ya juera siendo cierto, si yo a estos ni los conozco —refunfuñaba el muchacho mientras volvía a meter en la pared el clavo que sostenía el llamativo letrero *"PROIVIDO NO, PACE USTE A RRETRATARSE AQUI"*.